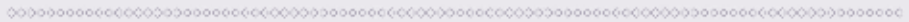


Febrero 2025

La Curuja

Revista Cultural Independiente · N° 32 · Segunda época





EDITA: COLECTIVO CULTURAL "LA IGUIADA"

COORDINADOR: MANUEL CUENYA

FOTO DE PORTADA: JOSÉ BAILLO

ISSN: 2530-2051

DEPÓSITO LEGAL: LE-760-2009



Índice

Manuel Cuenya	
José Baillo	4
Isabel Llanos	
Regresar a Noceda	5
Luis Segura	
Abuela emigrante	7
Manuel Cuenya	
Quince años no es nada (Encuentro literario en el útero de Gistredo) .	12
Rogelio Fernández López	
Noceda, la marga y el Semanario de Agricultura de 1800	15
Nanci de Paz Fernández	
Colinas del Campo, siempre en mi recuerdo	19
Alfonso Fernández-Manso	
Salvar la Sierra de Gistredo: ¿Transición sostenible o sacrificio innecesario?	26

José Baillo

Manuel Cuenya



José Baillo – Fotógrafo aficionado, apasionado y autodidacta.

El pasado verano tuve el gusto de conocer, a través del amigo fotógrafo Jesús Madero, a otro artista de la fotografía, cuyo nombre es José Antonio Fernández Baillo, el cual hizo la bella foto nocturna del cielo estrellado de Noceda, en realidad de la Vía Láctea, que le agradezco mucho como responsable de esta revista.

Como el propio Jesús Madero, que también ha colaborado con nuestra revista y en los encuentros literarios, José Baillo es manchego, en concreto de Herencia, donde vive desde que nació. Él -para quien la fotografía no es sólo mirar, sino sentir-, dice que es un aficionado a la fotografía, pero es evidente que se trata de un fotógrafo profesional, o al menos alguien con talento artístico, que logra que sintamos emoción, un hondo sentimiento, cuando contemplamos sus fotos, como esta maravilla que nos obsequia en esta edición de *La Curuja*.

Regresar a Noceda

Isabel Llanos



Isabel Llanos. Poeta, narradora, actriz leonesa afincada en Barcelona. Ha participado en varios encuentros literarios en Noceda del Bierzo, el más reciente el pasado año.

Regresar, de la mano de Manuel Cuenya, a Noceda del Bierzo es como atravesar el armario de Narnia. Una encuentra siempre un lugar de ensueño y fantasía, donde habitan seres fantásticos que gozan del don de la inmortalidad brindado por la varita mágica más valiosa: la del cariño de los corazones en los que habitan.

Regresar a Noceda del Bierzo este año es ser cada vez más consciente de las historias que pueblan este paraje vibrante. En la primera ocasión, he de confesar que fue el paisaje el que cautivó mi atención. Ya la carretera me recordaba a la que me llevaba, en la infancia, hasta el pueblo de mi abuelastro en Zamora: Rábano de Sanabria. Las curvas, cerradas y con la vegetación abrazando el coche, me trasladaba a muchas emociones en modo *déjà vu*. Es una atmósfera envolvente que traslada a las fantasías más optimistas, como cuando éramos pequeños y el mundo parecía un medio amable donde todo era posible y donde el bien siempre acababa venciendo al mal. Eso



tiene de especial Noceda. Me vuelve a hacer creer en la magia, en la humanidad, en la comunidad, en la ayuda de los unos hacia los otros, en el respeto y el apoyo mutuo. Creo que deberían recetarse escapaditas a sus inmediaciones y alrededores a unos cuantos de esos malvados que dirigen el mundo con una perspectiva economicista y deshumanizada, a ver si así los íbamos redimiendo y conseguíamos erradicar los males y las desigualdades que nos acechan cada vez con sus colmillos más hirientes, más depravados, más maleados y corrompidos.

Regresar a Noceda es conocer y reconocer personajes que parecen salidos de cuentos y fábulas. Este año, por ejemplo, fue hermoso descubrir a Moscú. Desde que, en la escuela, conocí a través de Jorge Manrique las tres vidas que se consideraban entonces, y que una de ellas, la de la fama, podría superar a las otras dos, la terrenal y la espiritual, haciendo inmortal a un ser humano, me obsesionó este hecho.

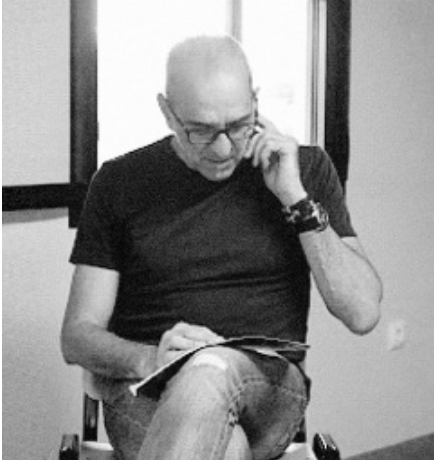
Luis Segura ha hecho inmortal a Moscú, nos lo ha regalado a quienes no

tuvimos el privilegio de conocerlo, nos ha devuelto la fe en las personas que siguen su corazón, su pasión y sus impulsos sin derrotarse ante los convencionalismos ni las imposiciones, nos ha mostrado el camino de la libertad y de la honestidad hacia uno mismo, y lo ha hecho, ante todo, con cariño y respeto. Un amor que se derramó por la sala donde nos hizo emocionar su mirada generosa a un ser envidiable por su valentía y desparpajo, a un héroe de lo cotidiano que se convertirá en leyenda cuando los coetáneos alimentemos malvas gracias a la escritura. Esa misma escritura que nos sirve de excusa para acudir a este paraíso, y que utiliza como nexo Manuel Cuenya para trazarnos un mapa a su territorio repleto de bienvenidas y siempre con una acogida que casi sobrecoge, tan poco estamos ya acostumbrados a recibir cariño quienes moramos en las grandes ciudades inhóspitas.

Regresar a Noceda es sentir un agradecimiento que inunda pecho y alma, volver reconfortada, con el corazón limpio y con las pilas cargadas para seguir buscando el camino hasta Oz.

Abuela emigrante

Luis Segura



La causa

Guardó el trozo de pan y desayunó un poco de caldo. El estómago le pedía más, pero era toda la comida que tendría hasta su regreso después de pasar el día cuidando del rebaño. Era una niña y ya sabía dosificar el hambre. Era mi abuela. Eran muchas de nuestras abuelas. Crecieron así. Pasado el tiempo dirían: “¡Ay las que pasábamos! ¡Había que sostenerse con lo poco que había!”.

Ya moza, decidida a salir de esta tierra que exigía mucho trabajo y daba poco fruto, dijo en casa que quería ir a



Celeste, la abuela de Luis Segura

“la” Argentina, que era el destino elegido por muchos hombres y mujeres de esta zona y de la Galicia vecina. Tenía diecinueve años -menor de edad en esa época- y era mujer, condiciones que añadían dificultades y que hicieron necesaria la autorización de su padre. También la ayuda del *arreglador* para, por un valor



superior al real, adquirir el pasaje y tramitar la documentación. Pero era la única opción, aun gastando los más que escasos ahorros familiares.

La familia vivió unos meses alternando ratos de preocupación y de esperanza. Una de sus hermanas, unos años menor

que ella, le decía que también quería ir aunque tuviese que esperar unos años, que quería ver otros pueblos más grandes y con más cosas, que allí trabajaría de costurera, que se harían una foto juntas y la mandarían por carta para que vieran lo guapas que estaban y...

Las salidas: Quintana, Bembibre, Vigo

Una mañana de principios de septiembre, hace casi un siglo, acompañada por su padre comenzó el viaje por el “camino del alto” hasta Bembibre. A poco más de un kilómetro del pueblo se detuvo y en un amago de despedida miró hacia atrás. Allí, abrazado por su mirada, estaba todo su mundo. No conocía nada más que estos valles a los que Gistredo alimenta y da forma.

Retomó la marcha recordando momentos de trabajo que hizo siendo poco más que una niña para una

familia vecina de Quintana. Después los que, ya “mocina”, haría para otra familia en Noceda, que la trató mejor y que, como tenían muchas castañas, pasó menos hambre.

Durante el trayecto su padre volvió a darle consejos mordiendo sus temores, proyectando expectativas, queriendo aún que a la vez se quedase y se fuese.

Llegaron a Bembibre, un pueblo más grande y una puerta abierta al mundo, con tiendas donde se podían adquirir productos que no había en los pueblos de alrede-



Vigo. Foto: Manuel Cuenya

dor y con estación de tren, donde habían quedado con el *arreglador*, que ya estaba esperándolos. Se saludaron y les presentó al grupo compuesto por tres mujeres y un hombre, que también iban a Vigo, y desde allí a Argentina. Comprobada la documentación y con el tiempo justo para una despedida rápida llegó el tren. Subieron y se acomodaron en su vagón de tercera, ligeros de equipaje (como el poeta). Mi abuela no había montado nunca en nada parecido.

El tren volaba dejando en la retina árboles fugaces, aldeas lejanas, casas y gente desconocida. El grupo habló de sus

El viaje

Al día siguiente estaban en el puerto, inmersos en un ajeteo de gente y voces. Con sus equipajes al hombro y sus billetes en la mano fueron subiendo al barco. Mi abuela pudo dominar el miedo a caerse y se dejó dirigir por los que ordenaban la fila y comprobaban los billetes. Cuando el sol se llevó la bruma pudo contemplar la ría y el inicio del mar reprimiendo la idea de que no podía haber tanta agua.

En el barco le fue asignado un camarote de mujeres con literas de madera de cuatro pisos, colchones de borra forrados de saco y deterioradas mantas con olor a desinfectante. Se acomodó y esperó no marearse, pero se mareó.

Pasaron los días y con ellos el mareo. Aparecieron las quejas sobre las malas condiciones higiénicas, el hacinamiento,

vidas, de sus anhelos y de ayudarse entre ellos, que es otra necesidad añadida que tienen los pobres.

Caía la tarde cuando llegaron a Vigo. Guiados por el *arreglador* caminaron con sus petates al hombro hasta la fonda en el barrio pesquero de Berbés. En sus memorias se iban guardando imágenes de calles adoquinadas, espacios cubiertos bajo las fachadas de algunas casas para resguardo de transeúntes, tiendas, algunos coches, el puerto, barcos y el mar. Nada de esto habían visto antes. Por la noche, entre sueños y desvelos, intentarían asimilarlo.

la comida... Pero ella no se quejó. Aguantó incluso cuando llegaron días de calor y el aire en los camarotes se hizo más denso. No sabía que era provocado por el cruce de la zona ecuatorial, ni lo qué es el ecuador, ni lo qué son los hemisferios terrestres, ni nada de geografía pese a estar cruzando un océano.

Los ratos en cubierta se llenaron de conversaciones en las que cada cual proyectaba ilusiones y compartía recuerdos. Alguien dijo que ya pronto llegarían, pero la línea donde el mar y el cielo se funden seguía desplazándose con el barco y la ansiada costa no aparecía. También dijo que cuando llegaran a Argentina comenzaba la primavera; así que ese año mi abuela no vivió el otoño, aunque sí dos primaveras.

La estancia

Por fin el Río de la Plata y el alivio de pisar tierra firme. El nuevo comienzo pasaba por ser conducidos al Hotel de Inmigrantes, donde mi abuela estuvo unos días hasta ser contratada para trabajar en una granja, en Rosario, donde hizo ese trabajo que engloba tareas de casa y de campo. Era lo que sabía hacer. Era lo que las mujeres de campo han venido haciendo desde siempre.

Tras casi un año pudo mudar de ciudad e irse a Buenos Aires, trabajando de criada en una casa. Siempre dijo que la querían mucho, sobre todo las dos niñas que cuidó. En esa ciudad oyó por primera vez cómo de una caja con una

especie de cuerno abierto como flor de petunia salían música de tangos y voces, vio más coches, pasó al lado de salas de cine en las que nunca entró, supo que había cremalleras para ropa, vio libros y periódicos que no sabía leer... Un mundo que contrastaba con sus recuerdos del pueblo. Le hubiera gustado saber leer y escribir, pero le tocó vivir en una España básicamente rural con falta de escuelas y de maestros, donde los niños y niñas eran mano de obra necesaria para el mero sustento. Era, como muchas de nuestras abuelas, analfabeta. Aunque sí sabía contar y repartir, que se aprende de forma casi natural. Esto le sirvió para



Avenida Corrientes en Buenos Aires. Foto: Manuel Cuenya

llevar sus cuentas y para ir al banco a enviar dinero a casa.

Dos años después su hermana pudo ver su sueño cumplido. Ambas pasea-

rían juntas por la ciudad y se harían las fotos soñadas, con sus vestidos de cintura caída sin saberse influenciadas por la nueva moda “flapper”.

El regreso

Dicen que uno vuelve a los afectos. Habían pasado ocho años cuando decidió volver a España y aliviar el peso de tanto tiempo sin ver a su madre, a su padre y a sus otras hermanas y hermanos. Así que, junto con su hermana, deshizo lo andado, de nuevo ligera de equipaje porque su intención no era quedarse sino volver a Argentina. Esta vez el viaje fue más llevadero, aunque el mar fuera el mismo y las condiciones parecidas.

Un día de finales de verano pudo ver estos valles tal como los había

dejado, que ocho años no son nada. “¡Qué guapas estáis!”, les decían todos. Mi abuelo también.

No volvió a Argentina. Le enviaron sus cosas en un baúl de madera oscura y remaches plateados. Se quedó en el pueblo, haciendo lo que siempre supo hacer, esas labores que hicieron nuestras abuelas para las que no hace falta leer ni escribir, solo pericia, entrega y amor a la tierra que da el fruto, aquí y al otro lado del mar.



Quintana de Fuseros. Foto: Luis Segura

Quince años no es nada (Encuentro literario en el útero de Gistredo)

Manuel Cuenya



Decimoquinto encuentro literario en Noceda. Cuenya, Llanos, Ruy Vega, Nidia Beltramo, Mari Cruz G. Roderer y Orlando Delgado

Un año más, ya van quince (quince años no es nada, como acaso diría Gardel en *Volver*), nos dimos cita en el útero de Gistredo para religarnos con las palabras, con el arte de decir de un modo poético.

¿Qué sería de nosotros, pobres mortales -mortales y rosa-, sin la poesía? Esa poesía que brota de los manantiales de la vida (un soplo, nomás), como brotan de la tierra uterina de Noceda las fuentes curativas. Tal vez por eso, por esas fuentes, además del aire serano de Gistredo (de gistra, *sistra* o *xistra*), existen muchas personas longevas en

el Alto Bierzo. Y en concreto en Noceda. Sea como fuere, me gustó volver a compartir palabra (también viandas, después del encuentro literario) con las personas que tuvieron a bien acercarse al útero de Gistredo para contar sus historias, para hablarnos con su yo más cercano, para deleitarnos en definitiva con su verbo. En el origen fue el verbo, el verbo hecho carne y alma. Un gran placer congregarnos un año más (cada año es una bendición) en torno al fuego sagrado de las palabras, de esas palabras con las que alimentamos el espíritu y que quizá dan forma a nuestros



sueños. Seguiremos soñando, por tanto, con un mundo mejor donde reine la templanza, la armonía, el amor.

En esta ocasión intervinieron Mari Cruz García Roderer y su compañero Orlando Delgado Silvelo, que nos obsequiaron con su palabra revelada.

Mari Cruz (Thanam) y Orlando (Yael) -pareja inseparable-, convencidos de que existen otros mundos, quizá otras dimensiones. Por ahí apunta también la mecánica cuántica y la teoría de las cuerdas, que nos habla de las partículas como cuerdas vibrantes y nos sugiere que el universo (en realidad universos) puede tener dimensiones extra, más de las que percibimos, en todo caso, de modo que el espacio-tiempo es multidimensional. Un universo en expansión desde el Big Bang, eso es una evidencia, que me sirviera para componer un poema dedicado a mi musa y que tuve a bien leer en este reciente encuentro literario. Un universo que se desplaza al rojo, donde las galaxias se alejan unas de otras. Al parecer, el universo se expande a un ritmo de unos 67,4 kilómetros por segundo.

Thanam y Yael (originario de tierras gallegas), decía, contándonos su viaje a través de los tiempos, mostrándonos mundos diversos, acompañados por seres extraordinarios, como los *jainines* o duendes que habitan el monte del *Carbayal* de Folgoso de la Ribera,

el lugar de nacimiento de Mari Cruz, que es asimismo maestra de la risoterapia. Además de Mari Cruz y Orlando, estuvieron en cuerpo y alma Nidia Beltramo, Ruy Vega, Isabel Llanos, y uno mismo como cicerone. Bueno, no quiero olvidarme de Luis Segura, que al final se animó a leernos su relato, publicado en el número de verano de la revista *La Curuja* del pasado año 2024, dedicado a Moscú, un hombre singular de Quintana de Fuseros que tú, Luis, acabas convirtiendo en personaje literario porque le das voz a un paisano tuyo que siempre estuvo marginado.

Dar voz a los sin voz es una tarea que se me antoja extraordinaria.



Nidia Beltramo nos leyó un relato lleno de sensibilidad, dedicado a su abuela, que acabó conmoviéndonos (en la próxima edición de verano de *La Curuja* tengo la intención de publicar esta narración). Un relato del lado de acá y del lado de allá (como nos dijera Cortázar en su *Rayuela*). Y es que Nidia, que vivió en California con su compañero Edmundo (ese día del encuentro tam-

bién pudimos festejar su cumpleaños) es originaria de Argentina, aunque reside desde hace unos años en el Bierzo Alto, de donde era su abuela. Por su parte, Ruy Vega, al que me une la amistad desde hace tiempo, nos cautivó con su relato incluido en *El Bierzo en silencio* (libro colectivo en el que uno también tuvo el placer de colaborar). Y para finalizar su intervención Ruy Vega nos sorprendió con un poema, porque él, que tiene madera de poeta, es asimismo un especialista en literatura de ciencia ficción. Ahí están también sus cartas al padre, que publica en el periódico *La Nueva Crónica*. Una delicia literaria estas cartas a ninguna parte, que algún día espero que vean la luz en formato libro.



La artista Isabel Llanos, que ya es la tercera vez que viaja al útero de Gistredo para participar en el encuentro literario, nos cautivó con su puesta en escena, porque Isabel es una artista con mayúsculas, actriz que recita, poeta que interpreta... Isabel es un gran valor en la provincia de León. Lástima que

en esta provincia no se valore como es debido a las personas con potencial artístico. “Isabel Llanos es de esas personas que no te deja indiferente, pues tiene la magia de llegar hasta el fondo de tu alma con su capacidad interpretativa, comunicativa”, llegué a escribir en aquel reportaje-entrevista que le dedicara para la sección literaria de la Fragua literaria leonesa publicada inicialmente en el periódico digital *ileon.com* que dirigen los hermanos Vega, Javi y Antonio, paisanos y amigos de Noceda del Bierzo.

También me alegró volver a reencontrarme con un público amable y entregado, que llenó la sala de las antiguas escuelas del barrio de Vega, mi barrio, mi entorno, donde nací y he crecido.



Como siempre, agradecer (dar las gracias es lo mejor que se puede hacer) a quienes participaron, colaboraron y quienes asistieron a este Decimoquinto encuentro literario en Noceda. Y por supuesto al fotógrafo y amigo manchego-berciano Jesús Madero por sus bellas fotos.

Noceda, la marga y el Semanario de Agricultura de 1800

Rogelio Fernández López



Fue secretario de ayuntamiento con bautismo de fuego en Noceda y más que grato recuerdo. En su profesión, en la parte que le correspondía, procuró arrimar el hombro por los servicios públicos locales al entender que contribuyen al bienestar y felicidad de los vecinos, reduciendo la desigualdad. Prefiere compartir Tónicas, más que cañas servidas con tapas de despojos y saqueos de los servicios públicos.

A Eliseo, que me enseñó en Noceda lo que luego supe de la Administración Local.

El Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos fue un periódico semanal que alcanzó la cifra de 599 números, publicados en Madrid, desde el 5 de enero de 1797 hasta 23 de junio de 1808, coincidiendo con los momentos iniciales de la guerra propiciada por la invasión napoleónica.

El origen de tal Semanario está en el encargo que el favorito y primer ministro de Carlos IV, el controvertido Manuel Godoy, hizo al diplomático Juan Bautista Virio para que elaborara un Plan de Educación económico-política.

Lo sorprendente, o no tanto, de la propuesta de Virio en el ámbito que nos ocupa, fue proponer hacer llegar y difundir los nuevos conocimientos a los labradores y artesanos a través de los curas párrocos, cual avanzados “agentes de extensión

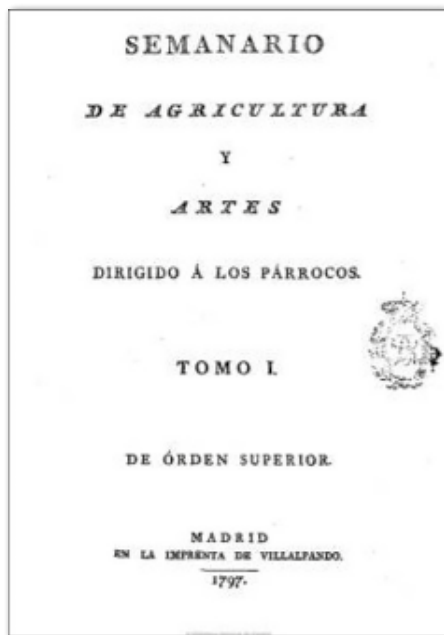
agraria”, profundizando, así, en una idea ya apuntada anteriormente por los asturianos Campomanes en su *Discurso sobre Fomento de la Industria Popular y Jovellanos en su Informe sobre la Ley Agraria*.

No resulta ocioso preguntarse qué motivo tendría Virio para tan peculiar propuesta. Situándonos hace más de doscientos años, no parece otro que el de dar solución al dilema de cómo hacer llegar el conocimiento, los avances y las nuevas técnicas agrícolas a una población rural mayoritariamente analfabeta en aquellos tiempos.

Así lo expresaba el primer número del Semanario al constatar:

“... quando sabemos que en España los que labran no leen, y los que leen no labran. Y, en consecuencia, propone Virio, dirigir un Semanario á los párrocos para que, sirviéndoles al mismo tiempo de lectura agradable, excite frecüentemente su zelo á fin de que comuniquen á sus feligreses los adelantamientos, las mejoras, industrias é invenciones que se publiquen, bien seguros de que se irán aprovechando de ellas (...).

Con grandes objetivos editoriales desde su creación, en las páginas del Semanario tuvieron cabida artículos de los más afamados ingenieros



agrícolas de la época, tanto nacionales como extranjeros, así como escritos enviados por particulares que propiciaban el intercambio de experiencias y descubrimientos entre los agricultores, “para lo cual se admitirán cuantas cartas, relaciones o memorias se le envíen francas de porte”, como se exponía en el primer fascículo. Y todo ello para conseguir aquello que anunciaba a continuación de que el rey Enrique IV “solía repetir que nada deseaba con más ansia que mejorar la suerte de sus labradores hasta que cada uno tuviese facultades para comer una gallina todos los Domingos en compañía de su familia...”. Ahí es nada.

En este contexto de dar cabida al intercambio de experiencias agrícolas particulares, en el número 86 del Semanario, de 23 de agosto de 1798, se publica una carta sobre el uso de la marga, remitida desde Astorga por Alonso de Torres y Soto, con especial referencia a Noceda.

La marga es un tipo de roca que fuera de los usos más actuales, en materiales de o para la construcción, el más común y tradicional ha sido el de fertilizante para suelos agrícolas deficientes en cal. Tenemos referencia de su uso, desde la antigüedad, por el escritor y militar romano del siglo I, Plinio el Viejo, como se pone de manifiesto en el curioso opúsculo *Propiedades y uso de la marga, el mejor abono que se conoce para los campos, explicáanse en carta escrita a un amigo suyo por D. Manuel Ignacio de Aguirre, secretario del rey N.S y de Juntas y Diputaciones de la Muy N y M Leal provincia de Guipúzcoa*, publicado en Azcoitia en 1777 y en el que se le hace una alabanza en estos términos: *La marga, también llamada marga por los latinos y marne por los franceses, que no la usan poco; marle por los industriosos ingleses, que se enriquecen con ella, y caraitzcoipea y tupabelchapor los vascongados, que no desconocen enteramente esta preciosi-*

dad, es una tierra, que por sí misma es tan infértil, como la arena pura; pero que mezclándola con otras tierras, las hace fertilísimas. Esta tierra maravillosa tiene muchos títulos, para merecer la preferencia sobre todos los demás abonos.

El caso es que el astorgano Alonso de Torres y Soto, después de hablar de las excelencias de la marga según su propio conocimiento, poniendo en valor la favorable experiencia de los agricultores de Noceda y criticando la de otros pueblos que han menospreciado sus propuestas, concluye:

“No sucede así con los vecinos de la villa de Noceda en el Bierzo a quienes advertí pocos años ha que poseían, sin saberlo, una clase de marga de buena calidad que descubrió la corriente del río que baña la villa. A mi instancia y mediante las sabias disposiciones de su celoso párroco consiguen, al presente, que una pradería comunal que abonaron con aquella marga, produzca nueve partes más de hierba que producía antes de recibir este abono con el que lograron doble beneficio; pues hizo desaparecer de la pradería casi todos los juncos de que abundaba. Acabo de saber uno y otro bajo la reacción de uno de aquellos vecinos; y si se resuelven á emplear también su marga, combinada del

modo expresado en los terrenos de granos según les he persuadido, pueden seguramente contar sobre mi experiencia con las más pingües y constantes cosechas.

También descubrí a la entrada de tierra de campos de poco tiempo a esta parte otra clase de marga, de la que a mi instancia hizo prueba un curioso de aquel país en un corto terreno, que solo le produjo una cosecha regular en el primer año, pero en el segundo me han asegurado testigos presenciales, dignos de toda creencia, que pasó producción de treinta por uno. ¡Cual sería la de la vastísima extensión

de sementeras de aquella tierra si se descubriera en toda ella la marga necesaria para auxiliarla!”.

Quede para el recuerdo la cita de Noceda, la marga, el Semanario y, sobre todo, de nuestros antepasados agricultores, después de más de doscientos años, en los que tanto, todo, ha cambiado. Y también otro recuerdo para el entonces celoso párroco de Noceda y sus sabias disposiciones, al decir del astorgano Alonso de Torres, que, con su celo, contradijo aquello de que con la iglesia hemos topado, amigo Sancho.



Panorámica de Noceda. Foto: Manuel Cuenya

Colinas del Campo, siempre en mi recuerdo

Nanci de Paz Fernández



Domingo 15 de diciembre: día señalado en el calendario de actividades de la Peña de montañeros Gistrodo para subir a colocar el tradicional Belén navideño en el pico de Catoute (2117 metros). Aunque nuevas mediciones nos lo rebajen varios metros, siempre será nuestro tótem, nuestro emblema, el monte mítico al que ascendemos una y otra vez, sin importar la nieve, el agua, el barro que nos hace resbalar en la pendiente de los gallones, el calor...

Recuerdo aquella primera vez que participé en este rito anual. Era el 17

de diciembre de 1971, año en el que descubrí la belleza del valle del Boeza.

Incluso siendo de Noceda, nunca había pasado de Folgoso en dirección a Igüña. Hay que tener en cuenta que, en aquella fecha, la carretera finalizaba en el pueblo de Boeza, donde nos dejó el coche de línea procedente de Bembibre. Y, allí mismo, comenzamos la ruta a pie hasta la anhelada cumbre del Catoute.

Cuando llegamos a Igüña, hicimos algunas compras en común y seguimos camino. Después de alcanzar Las Puentes, aunque lloviznaba ligeramente mientras caía la noche, continuamos a la luz de nuestros frontales, que, esos sí, ya existían. En lugar de seguir por la pista, trepamos por una pared rocosa y pronto avistamos las luces de Los Montes, entonces era aún una aldea que estaba habitada por seis familias. Cenamos y dormimos en la cantina del señor Pepe, que acogía por tercer año consecutivo la expedición belenística, compuesta esta vez por cinco miembros, tres chicos y dos chi-

cas, que, al día siguiente, tras un buen desayuno, coronamos la cumbre, para a continuación colocar el Belén. Descendimos hasta Igüeña, donde un Land Rover nos devolvió a Bembibre.



La autora, con personas del pueblo, en Colinas del Campo en el portal de la iglesia en 1972

Después de aquella experiencia llegué a Colinas del Campo para ejercer como maestra en aquella singular aldea, en un valle cuya belleza tanto me había impresionado. Estuve durante tres cursos como maestra Nacional en la Escuela de Colinas del Campo (así reza en mi nombramiento), donde residían veinticinco vecinos. En total contaba con dieciocho alumnos, desde los cinco a los catorce años, distribuidos en siete de los ocho cursos de la recién estrenada EGB.

En mi año de prácticas, en la Escuela Normal de Magisterio de León, había trabajado en todos los cursos, pero de uno en uno, no en todos a la vez. Es cierto que estudiábamos la forma de organizar una escuela unitaria,

que así se llamaba, pero no era tarea fácil. O no me lo parecía. Mi escuela, junto a otras muchas de la provincia leonesa, pertenecía a la categoría de “difícil desempeño”. Por suerte, contaba con cierta experiencia a través de mi padre, que ejercía como maestro de la escuela de Noceda, y también de mi hermana María Victoria, que impartía clases en la escuela de Peñadrada. Además, los alumnos eran listos y solían estar atentos. Los padres tenían la educación de sus hijos como prioridad y, por mucho trabajo

que hubiese en casa, nunca faltaban a clase. Normalmente, al terminar la jornada, quedábamos un rato, cada día con el curso que hubiera quedado más relegado o hubiese tenido más dificultades esa jornada para redondear el trabajo. Nunca pusieron pegas. Eran muy comprensivos, al igual que lo era el señor Inspector Don Antonio Justel Carracedo, quien visitó la escuela de Colinas del Campo en un par de ocasiones, curiosamente ambas fuera del horario escolar, porque se tardaba bastante tiempo en recorrer catorce kilómetros sin asfaltar desde Boeza a Colinas del Campo.

Avanzada la primavera, aquel inspector llegó a Colinas del Campo

después de las cinco de la tarde y le sorprendió encontrarme aún en la escuela con los tres alumnos de quinto curso. Aquel hombre era arqueólogo por devoción y buscaba información sobre la calzada romana que cruzaba el valle y de la que quedan restos visibles en el camino hacia Campo de Santiago, que ahora se le conoce como Camino Olvidado. Hasta allí lo acompañé, quedando él muy satisfecho, a pesar de que el guía local le aseguraba que ese camino lo había hecho su abuelo con otros hombres del pueblo. Yo, tratando de aunar posturas, decidí que quizá ambos tenían razón. Seguramente, los vecinos consolidaron el camino, como era costumbre, sobre el trazado romano, más visible en cier-

tas partes del recorrido. Creo que no convencí a ninguno de los dos, pero sí logré que cesara la discusión.

Transcurrido un tiempo, el inspector se presentó un viernes a las dos y media de la tarde. Los alumnos corrieron alborotados a buscarme:

— Que hay un señor, que dice que es el inspector y nos está haciendo preguntas.

— Bueno, pues contestadle.

Cuando llegué a su encuentro, él me dijo:

— Es que creí que hacías como todas las demás maestras, que los viernes estabas de dos a cuatro para poder irte antes.

— Pues sí — le respondí.



La autora con los niños de la escuela de Colinas del Campo en la fuente del pueblo (octubre de 1972)

Pero precisamente aquel fin de semana me quedaba en Colinas del Campo porque venían mis amigos para ir a la montaña.

Pasado algún tiempo, me llegó un voto de gracias. ¿Seguirá existiendo eso? Un informe muy favorable con respecto a mi persona y a mi trabajo, que permaneció amarillento en una carpeta durante años hasta que mis hijas lo rescataron del olvido y me lo regalaron enmarcado para un cumpleaños.

Mientras estuve como maestra en Colinas del Campo siempre fui una vecina más, participando en la vida del pueblo, desde los duelos hasta las fiestas: San Juan en verano, Santa Dorotea en invierno, la fiesta de pu-

chero, y, sobre todo, en los filandones que se organizaban en la cantina donde yo vivía, acogida como una más de la familia, en los que se conversaba de todo lo divino y lo humano. Los filandones era la forma de cubrir el hueco del estudio y la lectura. Yo, que era una “comelibros”, allí no podía leer. No había luz eléctrica. Aunque es cierto que Colinas del Campo fue uno de los primeros pueblos del valle en poseer una central hidroeléctrica, donde un pequeño salto de agua canalizada movía una dinamo para producir la luz (esto lo ha explicado muy bien a los lectores de la revista *La Curuja* nuestro amigo Jovino Andina). Pero, quiero señalar que aquella luz era tenue y, en otoño, las hojas caí-



Puente de Colinas del Campo



Nanci de Paz con Mari Luz en los brazos y su amiga Marige en la matanza (febrero 1973)

das de los árboles atascaban el paso del agua y, por tanto, el rendimiento de la central. Quitar las hojas de los árboles para que no atascaran el paso del agua era una de mis distracciones favoritas, además de un trabajo que correspondía cada día a un vecino por orden riguroso.

En cualquier caso, en Colinas del Campo vivíamos con el sol. Se madrugaba y la gente se acostaba pronto.

“Vamos a quitar las hojas, que tengo que escribir una carta”, solía decir. Siempre buscaba alguna disculpa. Y habitualmente me acompañaba alguien de la casa, a veces me acompañaba media clase. Nos deteníamos a mirar las estrellas y, si había luna, nos parábamos a contemplar el contorno de las montañas. Cuando regresábamos a casa, la luz comenzaba a mermar de nuevo, así que nos íba-

mos a dormir a la luz de la linterna o bien nos íbamos a participar en una tertulia. Imposible no pensar en la importancia de la tradición oral, en el modo de transmitir las costumbres, la cultura, la sabiduría popular en las antiguas civilizaciones. Había mucho de todo

eso en aquellas reuniones informales.

¿Cómo podría yo olvidar la memoria viva que era Marcelina, las largas conversaciones con Nicolás, las escuetas intervenciones de Benito, que siempre daba en el clavo, las historias de lobos que contaba Ismael, algunas vividas en primera persona? Gente inteligente la de Colinas, porque algunas personas llegaron a aprender a leer cuando iban con el ganado a Campo de Santiago, donde se quedaban varios días o incluso semanas en las letras de un periódico usado.

Anastasio me contaba historias de cuando había estado de pastor en La Pampa argentina y un día de fiesta en la era nos demostró a todos que sabía asar el cordero al espeto como cualquier pampero (lo recordé cuando muchos años más tarde anduve con mi marido por allí).

Las mujeres de Colinas, a pesar de que trabajaban duro, eran alegres y siempre parecían tener tiempo para todo. Por las mañanas llevaban las ovejas para juntarlas todas con el resto del rebaño. Cuando yo me despertaba, las observaba desde mi ventana. Solían quedar un ratito charlando, hasta que el rebaño se perdía de vista y se echaban unas risas. Eran jóvenes. Seguro que habrían pasado una buena noche. Sus maridos eran buena gente.

Aunque pudiera parecer que vivíamos en un lugar remoto, allí siempre sucedía algo. Hasta allí llegaban el pescadero, el panadero, el del supermercado y para mí sin

duda la visita más esperada: la de Horacio, el cartero, que nos dejaba la correspondencia camino de Los Montes (me sucede igualmente en Noceda. Nunca podré olvidar a Luis, el cartero). ¡Qué trabajo tan abnegado! ¿Podría yo haber estado tan feliz en Colinas si no me hubiera gustado la montaña, si no hubiera disfrutado de los paseos a Los Montes, a Igüeña, a Campo de Santiago, a la cueva de la Cernella, las lagunas y el pico de la Rebeza? ¿Podría yo haber estado tan feliz en Colinas si el pico Catoute no me hubiera vigilado desde lo alto o mis alumnos no me hubiesen enseñado a resbalar por las rocas de la resbaladera, a beber el agua fría de la



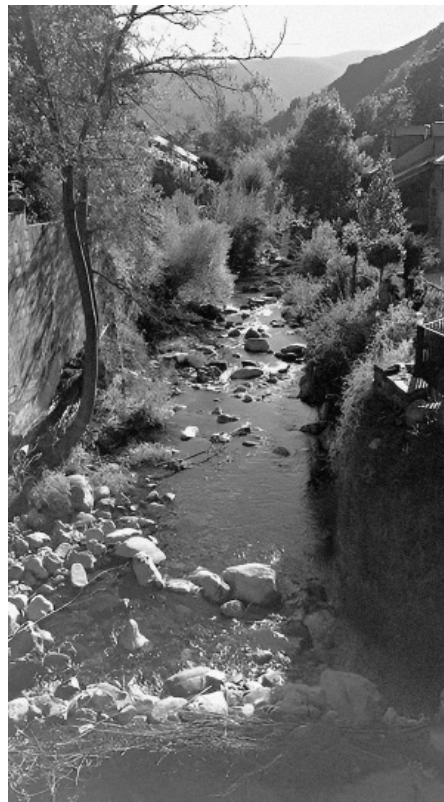
Pico Catoute. M. Cuenya

fuelle de San Juliano y a hacer “santos” en los prados cuando la nieve estaba blanda?

El pasado noviembre algo me hizo pensar en esto. Fue en las jornadas de montaña de la Peña Gistredo. Al entrar en el teatro de Bemibre, me saludó una chica de Colinas, que era una niña pequeña cuando yo me fui de allí, o sea, que nunca fui su maestra, aunque sí lo fui de su hermana y de sus hermanos mayores. Su acompañante le preguntó quién era yo y ella le dijo: “Es Nanci, una montañera”. La verdad es que soy montañera desde hace muchos años. Elba, no sabes la ilusión que me hizo porque nunca me habían definido así. ¡Gracias!

Volver a Colinas, algo que hago con cierta frecuencia, me supone siempre un cúmulo de emociones, de reencontros agradables. Lástima que no pueda reencontrarme con quienes ya no están (aunque siempre estarán en mi recuerdo). De repente, me recuerdo muy joven andando por aquellas calles, trepando por aquellos riscos, viendo lo bonito y acogedor que está el pueblo, comprobando el buen gusto que ha tenido esta generación para remodelar las casas de sus mayores o hacer las suyas. Pero, por encima de todo, lo que más me motiva es el reencontro con Claudia, la madre de familia de la que tanto aprendí, que

sigue siendo un ejemplo de persona. Disfruto mucho del rato compartido con ella y con alguno de sus hijos o nietos, que suelen andar por allí. Siempre hay momentos para recordar aquel tiempo que se ha escurrido, que ha pasado aún más rápido que ese río Boeza, al que sigo contemplando ensimismada desde aquella misma ventana por la que su hijo Valentín lanzaba las truchas que acababa de pescar y que sigue fluyendo bajo el puente, con su canto eterno.



Río Boeza a su paso por Colinas.
Foto: Manuel Cuenya

Salvar la Sierra de Gistredo: ¿Transición sostenible o sacrificio innecesario?

Alfonso Fernández-Manso.

Catedrático de la ULE y escritor



En las últimas semanas, la Sierra de Gistredo y el Alto Sil se han convertido en el epicentro de un encendido debate. Los alcaldes de Bembibre, Noceda e Igüeña han respaldado el proyecto eólico de Repsol, argumentando que generará ingresos para las juntas vecinales y creará empleo en la comarca. Sin embargo, muchos científicos, entre los que me encuentro y una parte significativa de la población local, advierten del impacto devastador que estos proyectos tendrán sobre el hábitat de dos especies en peligro de extinción: el urogallo cantábrico y el oso pardo. Estudios recientes, como el titulado *Evaluación del impacto de la instalación de plantas eólicas sobre el hábitat de osos y urogallos en la Sierra de Gistredo (León)* (Fernández López et al., 2024), aportan evidencias científicas contundentes al respecto.

Frente a este dilema, surge una pregunta clave: ¿debemos sacrificar la biodiversidad por ingresos económicos a corto plazo? La respuesta no solo radica en la ética, sino también en la ciencia.

Un refugio único para especies emblemáticas

La Sierra de Gistredo no es solo un paisaje bonito: es un refugio vital para la supervivencia del urogallo cantábrico (*Tetrao urogallus cantabricus*) y el oso pardo (*Ursus arctos*), ambas especies catalogadas en peligro de extinción en el Catálogo Español de Especies Amenazadas. Este territorio representa uno de los pocos enclaves en España con las condiciones óptimas que estas especies necesitan para sobrevivir. No eligen cualquier sitio para vivir: requieren tranquilidad, espacios continuos libres de interferencias humanas y acceso a recursos naturales.

Los modelos de hábitat realizados con algoritmos avanzados, como el Maxent, confirman que la Sierra de Gistredo alberga áreas críticas para la recuperación de estas especies. Sin

embargo, la instalación de parques eólicos fragmentaría este hábitat, provocando un impacto irreversible: los caminos de acceso, las líneas eléctricas y el ruido constante de los aerogeneradores perturbarían las áreas de cría y alimentación del urogallo, reduciendo sus posibilidades de reproducción.

El caso del urogallo es particularmente delicado. Durante la época de celo, este animal utiliza exhibiciones sonoras para atraer a las hembras, pero el ruido de baja frecuencia generado por los aerogeneradores y la actividad humana interfiere con este comportamiento esencial. Asimismo, el oso pardo, ya afectado por la pérdida de espacios continuos, sufriría un mayor aislamiento poblacional, dificultando su desplazamiento y reproducción.



Al fondo, la sierra de Gistredo. Foto: Manuel Cuenya

¿Beneficio económico o espejismo?

Los alcaldes de Bembibre, Noceda e Igüeña afirman que los parques eólicos traerán ingresos y empleo, con cifras de hasta 100.000 euros anuales para las juntas vecinales y 60.000 euros derivados de la producción de electricidad. Sin embargo, ¿son estas cifras sostenibles a largo plazo?

La realidad es que los ingresos económicos están condicionados por contratos con la empresa Repsol y la fluctuación de la producción eléctrica. Además, al repartirse entre varias comunidades, el impacto económico directo en cada junta vecinal sería

modesto. Por otro lado, aunque se generará empleo durante la construcción, los parques eólicos requieren poca mano de obra permanente, por lo que la “promesa de empleo” es limitada y temporal.

En contraste, el ecoturismo ofrece un modelo económico más estable. La biodiversidad de la Sierra de Gistredo es un atractivo único que podría generar ingresos sostenidos y empleos permanentes, siempre que se protejan los ecosistemas. Destruir este potencial en nombre de un desarrollo económico a corto plazo sería un error estratégico.

Un modelo de transición sostenible es posible: el ejemplo de Páramo del Sil

El Ayuntamiento de Páramo del Sil ha adoptado una postura firme en defensa de la biodiversidad, rechazando los proyectos eólicos de Repsol y proponiendo un modelo de desarrollo que prioriza la conservación del patrimonio natural. Este enfoque, lejos de considerar la explotación industrial como único motor de crecimiento, se centra en el ecoturismo y el aprovechamiento sostenible de los recursos locales, con un plan estratégico que demuestra que la transición energética y el desarrollo económico pueden coexistir en armonía con la naturaleza.

El Ayuntamiento de Páramo del Sil ha presentado al Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico (MITECO) el proyecto Encamínate, un ambicioso plan de turismo sostenible con una inversión inicial prevista de más de 600.000 euros. Este proyecto busca desarrollar una red de rutas y actividades turísticas que pongan en valor el patrimonio natural, industrial, cultural y etnográfico del Alto Sil. Es un modelo de desarrollo verdaderamente sostenible que contradice la visión de Repsol de transformar la

región en un polígono industrial de energía eólica.

El plan incluye la señalización de hasta 14 rutas de senderismo, la creación de miradores para el avistamiento ordenado de osos pardos y sendas específicas para deportes de montaña como carreras, ciclismo (BTT) y escalada en vías *ferratas*. También se contempla el aprovechamiento del río para descensos en canoa y la restauración del pueblo de Primout, donde se busca convertir su arquitectura tradicional y su herencia ganadera en un centro de turismo cultural, candidato al reconocimiento en el contexto del Sistema de Patrimonio Agrícola de Importancia Mundial (Sipam).

El turismo deportivo ya está bien establecido en la región, con eventos como la carrera de montaña Alto Sil, y se plantea la expansión de estas actividades como una fuente de ingresos permanentes. Además, el plan contempla la recuperación de antiguos espacios industriales, como la fábrica de luz de Primout, que se transformará en un espacio educativo e interactivo dedicado a la historia de la energía hidroeléctrica, y el histórico tren minero, que se convertiría en un museo vivo sobre la minería y el ferrocarril.

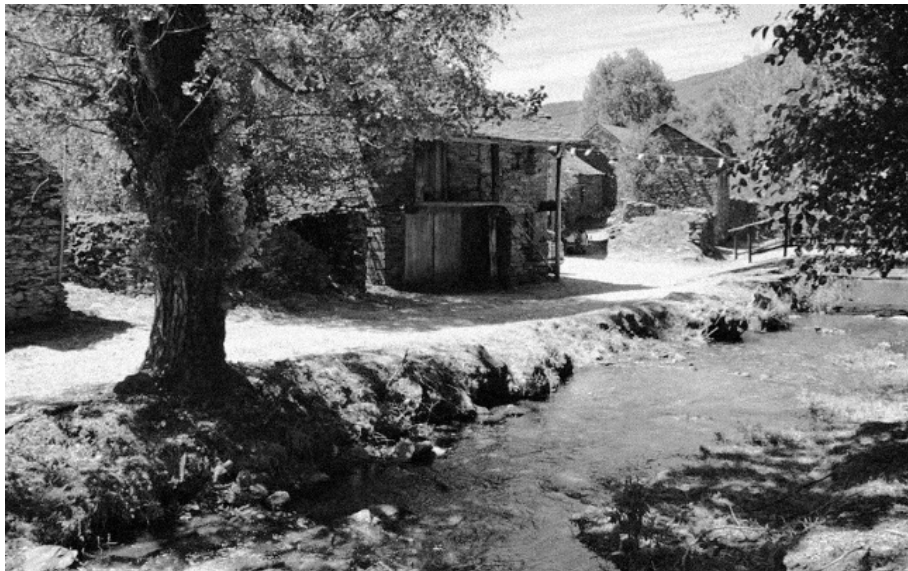
El modelo de turismo sostenible propuesto no solo busca preservar el entorno natural, sino también generar

un impacto económico positivo y duradero. Según el proyecto, se estima la creación de entre 12 y 21 empleos directos durante la ejecución y de 8 a 13 puestos permanentes para la gestión y promoción de actividades turísticas. Además, se proyecta la creación de hasta una docena de empleos indirectos en sectores vinculados, como hostelería, comercio, transporte y *marketing*.

Este modelo contrasta con la propuesta de Repsol, cuya construcción de parques eólicos generaría empleo temporal durante las obras, pero un impacto limitado en términos de empleo permanente. A largo plazo, el turismo sostenible ofrece una diversificación económica inclusiva, basada en los recursos locales y con beneficios directos para la comunidad.

En el corazón de Encamínate está la idea de involucrar a la comunidad local en la gestión y desarrollo del turismo. Según la alcaldesa, Alicia García, el objetivo es fomentar un crecimiento inclusivo que conecte a los visitantes con la naturaleza mientras se impulsa la conservación ambiental y se mantienen vivas las tradiciones locales.

Páramo del Sil ha dejado claro que sus proyectos de desarrollo no serán utilizados como moneda de cambio para facilitar la construcción de los



Primout. Foto: Manuel Cuenya

parques eólicos de Repsol. Propuestas como la restauración de la fábrica de luz de Primout o el tren turístico Ponfeblino no pueden ser contrapartidas para aceptar la transformación de sus montes en un polígono industrial. La postura del Ayuntamiento refleja una firme defensa de la identidad local y el patrimonio, criticando que las promesas de pequeñas inversiones por parte de la multinacional no compensan el impacto nocivo de los macroproyectos energéticos. Como señala la alcaldesa, «no se trata de rechazar el progreso, sino de exigir un desarrollo que respete nuestras raíces, nuestra biodiversidad y nuestra forma de vida».

El caso de Páramo del Sil pone de manifiesto que es posible avanzar ha-

cia un modelo de transición energética que no implique sacrificar la biodiversidad. La Sierra de Gistredo no debe convertirse en el costo de un desarrollo mal planificado. En cambio, puede ser un símbolo de cómo las comunidades locales, cuando están empoderadas y bien organizadas, pueden liderar un cambio que armonice progreso y naturaleza. La lucha contra los proyectos de Repsol es también una lucha por un modelo de transición justa, en el que la sostenibilidad económica y ecológica no sean mutuamente excluyentes. Proteger la Sierra de Gistredo no es solo una cuestión ética, sino una estrategia inteligente para garantizar un futuro próspero y sostenible para las generaciones venideras.

La producción de energía y biodiversidad deben estar en armonía

¿Es necesario destruir nuestra riqueza natural para avanzar hacia un futuro sostenible? La respuesta es NO. El equilibrio entre desarrollo y naturaleza no solo es posible, sino imprescindible. La ciencia, la ley y la ética están de acuerdo: podemos y debemos apostar

por un modelo en el que la energía renovable y la biodiversidad coexistan.

Proteger la Sierra de Gistredo no es un lujo, sino un deber ético y estratégico. Este conflicto es una oportunidad para demostrar que la transición energética puede ser un ejemplo de respeto a la naturaleza y de compromiso con las futuras generaciones.

Una llamada a la acción de la población local

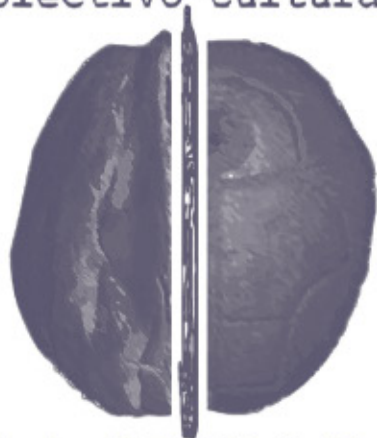
El ejemplo de Páramo del Sil demuestra que un modelo alternativo es posible. Ahora más que nunca, es crucial que las decisiones sobre el futuro de esta región prioricen la conservación del entorno natural y el bienestar de sus habitantes. Iniciativas como Encamína-

te deben ser respaldadas no solo por las instituciones locales, sino también por las comunidades y el gobierno nacional. Solo a través de un esfuerzo conjunto podremos proteger tesoros como la Sierra de Gistredo y construir un futuro verdaderamente sostenible.



En el corazón de Gistredo, valle del río Primout. Foto: Manuel Cuenya

Colectivo Cultural



LA IGUIADA

www.nocedadelbierzo.com



DIPUTACIÓN
DE LEÓN



INSTITUTO
LEONÉS
DE CULTURA



AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO